

# El Síndrome de Judas

*Robert F. Beers*  
*Abogado constitucionalista*

En las páginas de los Evangelios se nos ofrecen lecciones profundas, prácticas y a menudo inesperadas. Por ejemplo, el conocido episodio en el que una mujer derramó a los pies de Cristo un costoso frasco de perfume nos enseña una actitud que, tristemente, perdura hasta la actualidad, sobre todo en nuestro país: el “síndrome de Judas”. El indignado traidor criticó el “desperdicio” de recursos, y cuestionó cuánta “ayuda a los pobres” se hubiera podido hacer con el valor del perfume,

Tal vez no es relevante plantearse si este pasaje demuestra que Judas inventara el populismo, la demagogia o el clientelismo. Pero sí es un ejemplo que, por desgracia, ha cundido en Costa Rica, donde aquellos que padecen del “síndrome de Judas” estorban las inversiones justificadas apelando a pretextos mezquinos.

Bajo la lógica del “síndrome de Judas”, se justificaría que una persona luzca ropas sucias y raídas bajo la excusa de que es mejor pagar los alimentos. Claro está, tal razonamiento pretende ignorar que su desagradable apariencia sería un gran obstáculo para obtener un mejor trabajo, cuyo salario pudiese cubrir ambas necesidades. Parece absurdo, pero esta es la manera de pensar de cierto sector de nuestra población, y sobre todo, de algunos políticos.

Así, los edificios públicos presentan un estado vergonzoso, cuando no amenazante, para quienes laboran en ellos o se ven en el infortunio de visitarlos. Da pena mostrar a los dignatarios extranjeros (o en general a cualquier persona) los pasillos y oficinas de la Asamblea Legislativa, de casi todos los Ministerios, y ni hablar de la modestísima Casa Presidencial. Estos espantapájaros arquitectónicos incumplen casi toda norma de salubridad y de seguridad, como suele denunciar la prensa.

Basta, sin embargo, con que alguien se atreva a sugerir la construcción de un nuevo edificio para alguna de estas instituciones, para que surjan mágicamente decenas de “Judas”. Se rasgan las vestiduras ante el gasto “superfluo”, preguntando cuántas casas de interés social podrían construirse con esa plata. Erradamente, algún sector de la prensa se contagia del “síndrome” y contradice sus propias denuncias. Resultado: seguir remendando huecos y matando ratas, aunque a la larga este “remedio” resulte más caro.

Sucede lo mismo cuando se habla de los viajes presidenciales, donde se ha llegado al bochorno de obligar al Mandatario a conducir las relaciones internacionales desde la “clase turista”, o peor aún, al sonrojo de pedirle aventones aéreos al Presidente de otro país. Todo para evitar las preguntas de los “Judas” por la “ayuda a los pobres”, de la cual, como su antecesor bíblico, quizás esperen beneficiarse.

El “síndrome de Judas” ha convertido en pecado mortal conmemorar hechos históricos, invertir en fuentes de energía, mantener y renovar la infraestructura vial, informar sobre la gestión de gobierno, restaurar y ampliar el ferrocarril, mantener a los partidos políticos, elegir alcaldes, organizar recepciones diplomáticas, el referéndum, y muchas otras cosas esenciales para la identidad y el progreso del país.

No se trata bajo ningún punto de justificar los odiosos abusos que se han cometido una y mil veces con los fondos públicos; tampoco se niega la importancia de la inversión social. Pero no tienen por qué servir de pretexto para dejar en el completo abandono nuestra infraestructura, presentar al mundo una fachada ruinosa o disfrazar de “caridad” la avaricia. No en vano Judas terminó por vender a su propio Maestro.

Nuestros sabios antepasados no se dejaron vencer por el “síndrome de Judas”. De lo contrario no tendríamos Teatro Nacional, orquestas sinfónicas, vías férreas, universidades, museos ni carreteras. Como dignos hijos de nuestros padres, debemos realizar las inversiones necesarias, las cuales harán mucho más por la dignidad de los costarricenses que el asistencialismo demagógico. Si aspiramos a ser un país desarrollado, también debemos aparentarlo. No olvidemos la respuesta de Cristo a Judas, y hagamos lo que realmente tiene valor.

***La Nación, lunes 25 junio 2007.***